

La Santísima Virgen, causa de nuestra alegría

ALEGRÍA: felicidad profunda que proviene de recibir o experimentar algo verdaderamente bueno
¿Soy una persona alegre? ¿De dónde viene mi alegría?

171 «María ha sido llevada al cielo por Dios en cuerpo y alma, y los ángeles se regocijan.» La alegría se apodera de ángeles y hombres. ¿Por qué sentimos hoy este íntimo deleite, con el corazón rebosante, con el alma llena de paz? Porque celebramos la glorificación de nuestra madre, y es natural que nosotros, sus hijos, nos alegremos de manera especial al ver cómo la Santísima Trinidad la honra.

Fue en el Calvario donde Cristo, su amadísimo Hijo y hermano nuestro, nos la dio como madre, cuando dijo a san Juan: «He ahí a tu madre.» Y la recibimos, junto con el discípulo amado, en aquel momento de supremo dolor. La Santísima Virgen nos acogió en su sufrimiento, al cumplirse la antigua profecía: «Y una espada atravesará tu propia alma.» Todos somos sus hijos; ella es la Madre de toda la humanidad. Y ahora, todo el género humano conmemora su inefable asunción. María es recibida en el cielo: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. Mayor que ella, nadie sino Dios.

Nos hallamos ante un misterio de amor que la razón humana apenas comienza a comprender. Solo la fe puede arrojar algo de luz sobre cómo una criatura puede ser elevada a tan excelsa altura, convirtiéndose en objeto amoroso de las complacencias de la Trinidad. Sabemos que es un secreto divino. Sin embargo, como en ello está de por medio nuestra Madre, sentimos que podemos comprenderlo mejor —si se nos permite hablar así— que otras verdades de nuestra fe.

¿Cómo habríamos actuado nosotros si hubiésemos podido elegir a nuestra propia madre? Estoy seguro de que habríamos elegido a la que tenemos, adornándola con todas las gracias posibles. Eso es lo que hizo Cristo. Siendo omnipotente, omnisciente, el Amor mismo, su poder llevó a cabo su voluntad.



Miren cómo los cristianos descubrieron hace ya mucho tiempo este hilo de pensamiento. San Juan Damasceno escribe: «Convenía que ella, que en el parto preservó intacta su virginidad, conservara su cuerpo sin corrupción al término de su vida terrena. Convenía que ella, que llevó en su seno al Creador hecho niño, habitara en la morada divina. Convenía que la esposa de Dios fuera llevada al hogar celestial. Convenía que ella, que fue testigo de su Hijo en la cruz, sufriendo en su corazón el dolor que se le ahorró en el parto, lo contemplara sentado a la derecha del Padre. Convenía que la Madre de Dios viniera a poseer lo que pertenece a su Hijo y que fuera honrada como Madre y Sierva de Dios por todas las criaturas.»

Los teólogos han recurrido con frecuencia a razones similares para explicar de algún modo el sentido de las abundantes gracias derramadas sobre María y que culminan en su ascensión al cielo. Lo expresan así: «Convenía; Dios podía hacerlo; luego lo hizo.» Esta es la razón más clara por la que nuestro Señor otorgó a su Madre, desde el mismo instante de su Inmaculada Concepción, todos los privilegios posibles. Fue libre del poder de Satanás. Es bella, inmaculada y pura en alma y cuerpo.



172

Pero no lo olviden: si Dios exaltó a su Madre, es igualmente cierto que no la eximió del dolor, del cansancio en el trabajo ni de las pruebas de su fe. Un día, una mujer del pueblo prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron.» Jesús respondió: «Mejor aún: dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.» Era un elogio a su Madre por su fiat, su «hágase». Ella lo vivió sinceramente, sin reservas, llevando hasta sus últimas consecuencias todo lo que implicaba, pero nunca entre fanfarrias, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada día. Al meditar sobre estas verdades, llegamos a comprender mejor la lógica de Dios.

Esto me hace pensar en las indulgencias que ofrece la Iglesia. Me gustaría mucho ser más generoso y considerado al ganarlas para mí mismo y para las almas del purgatorio.



Llegamos a comprender que el valor sobrenatural de nuestra vida no depende de la realización de grandes empresas sugeridas por nuestra hiperactiva imaginación. Más bien, se encuentra en la fiel aceptación de la voluntad de Dios, en acoger con generosidad las oportunidades de pequeño sacrificio cotidiano.

Para llegar a ser como Dios, para ser divinizados, debemos empezar por ser muy humanos, aceptando de Dios nuestra condición de hombres corrientes y santificando su aparente insignificancia. Así vivió María. Ella, que está llena de gracia, objeto del agrado de Dios, exaltada por encima de todos los ángeles y los santos, vivió una vida ordinaria.

María es criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, hecho para la alegría y el gozo, así como para el sufrimiento y las lágrimas. Antes de que Gabriel le comunique el plan de Dios, nuestra Señora no sabe que ha sido elegida desde toda la eternidad para ser la Madre del Mesías. Se ve a sí misma como una humilde criatura. Por eso puede reconocer, con plena humildad, que «el Poderoso ha hecho en ella grandes cosas».

¿Cómo puedo
empezar a ver
la belleza en las
cosas cotidianas
y las
oportunidades
de estar cerca
de Dios?
¿De qué está
hecha realmente
mi vida
ordinaria?

Recuérdame
esta
esperanza
cuando me
desanime por
mis
debilidades.

La pureza, la humildad y la generosidad de María contrastan vivamente con nuestra miseria y egoísmo. En la medida en que nos damos cuenta de ello, debemos sentirnos movidos a imitarla. También nosotros somos criaturas de Dios, y si nos esforzamos por imitar su fidelidad, Dios hará ciertamente grandes cosas en nosotros. Nuestra pequeñez no es ningún obstáculo, porque Dios elige lo que tiene poco valor para que el poder de su amor se manifieste más claramente.

- 173** Nuestra madre es modelo de correspondencia a la gracia. Si contemplamos su vida, el Señor nos dará la luz que necesitamos para divinizar nuestra existencia cotidiana. A lo largo del año, cuando celebramos fiestas dedicadas a María, y con frecuencia en otros días, los cristianos podemos pensar en la Virgen. Si aprovechamos estos momentos, tratando de imaginar cómo se conduciría ella en nuestras circunstancias, iremos avanzando con paso firme. Y al final nos pareceremos a ella, como los hijos acaban pareciéndose a su madre.

En primer lugar, imitemos su amor. La caridad no puede conformarse con meros sentimientos agradables; debe abrirse camino en nuestras conversaciones y, sobre todo, en nuestras obras. La Virgen no se limitó a pronunciar su fiat; en cada momento cumplió esa decisión firme e irrevocable. Así debemos hacer nosotros. Cuando el amor de Dios llega hasta nosotros y llegamos a conocer lo que Él desea, debemos comprometernos a ser fieles, leales —y serlo de hecho. Porque «no todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Debemos imitar su refinamiento natural y sobrenatural. Ella es una criatura privilegiada en la historia de la salvación, pues en María «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Pero es una testigo reservada y silenciosa. Nunca quiso ser alabada, porque nunca buscó su propia gloria. María está presente en los misterios que rodean la infancia de su Hijo, pero son misterios «normales», por así decirlo. Cuando tienen lugar los grandes milagros y las multitudes los aclaman con asombro, ella no aparece por ningún lado. En Jerusalén, cuando Cristo, montado en un borriquillo, es proclamado rey, no vislumbramos a María. Pero después de que todos han huido, ella reaparece junto a la cruz. Esta manera de actuar habla de grandeza y hondura personal, de la santidad de su alma.

Siguiendo su ejemplo de obediencia a Dios, podemos aprender a servir con delicadeza sin ser serviles. En María no encontramos el menor rastro de la actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero sin reflexión. Nuestra Señora escucha con atención lo que Dios quiere, medita lo que no comprende del todo y pregunta lo que no sabe. Luego se entrega por completo a cumplir la voluntad divina: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». ¿No es maravilloso? La Santísima Virgen, nuestra maestra en todo lo que hacemos, nos muestra aquí que la obediencia a Dios no es servil, que no pasa por alto nuestra conciencia. Debemos sentirnos interiormente movidos a descubrir la «libertad de los hijos de Dios».

«Servilo»
significa carecer
totalmente de
originalidad,
creatividad o
reflexión, y es
exactamente lo
que Dios no
quiere de mí.

174 El Señor te concederá la capacidad de descubrir muchos otros aspectos de la respuesta fiel a la gracia de la Santísima Virgen. Y conocer estas facetas de su vida es querer imitarlas: su pureza, su humildad, su fortaleza, su generosidad, su fidelidad... Pero ahora quiero hablarte de un aspecto que, en cierto modo, engloba a todos los demás, porque es condición para el crecimiento espiritual. Me refiero a su vida de oración.

Para aprovechar la gracia que nuestra Madre nos ofrece hoy y secundar en todo momento las inspiraciones del Espíritu Santo, pastor de nuestras almas, debemos comprometernos seriamente a tratar con Dios. No podemos refugiarnos en la multitud anónima. Si la vida interior no implica un encuentro personal con Dios, no existe; así de sencillo. Hay pocas cosas más contrarias al cristianismo que la superficialidad. Instalarse en la rutina de nuestra vida cristiana es descartar la posibilidad de llegar a ser un alma contemplativa. Dios nos busca, uno por uno. Y debemos responderle, uno por uno: «Aquí estoy, Señor, porque tú me has llamado».

Todos sabemos que la oración es hablar con Dios. Pero alguien podría preguntar: «¿De qué debo hablar?». ¿De qué otra cosa podrías hablar sino de sus intereses y de las cosas que llenan tu día? Del nacimiento de Jesús, de sus años entre nosotros, de su vida oculta, de su predicación, de sus milagros, de su pasión y muerte redentoras, de su resurrección. Y en presencia del Dios Trino, invocando a María como mediadora nuestra y suplicando a San José, nuestro padre y señor, que sea nuestro abogado, hablaremos de nuestro trabajo diario, de nuestra familia, de nuestras amistades, de nuestros grandes proyectos y de nuestras pequeñas faltas.

El tema de mi oración es el tema de mi vida. Así es como hablo con Dios. Al considerar mi situación, viene a la mente una resolución concreta y firme de cambiar, de mejorar, de ser más dócil al amor de Dios. Debe ser una resolución sincera y concreta. Y no podemos olvidar pedirle al Espíritu Santo, con tanta urgencia como confianza, que no nos abandone, porque «tú, Señor, eres mi fortaleza».

*Volver a esto
en mi
próximo
momento de
oración*

Somos cristianos corrientes. Trabajamos en las más variadas profesiones. Toda nuestra actividad transcurre en medio de circunstancias cotidianas. Todo sigue un ritmo habitual en nuestras vidas. Los días parecen iguales, incluso monótonos. Pero no olvides que nuestra condición, aparentemente tan común, tiene un valor divino. A Dios le interesa todo lo que hacemos, porque Cristo quiere encarnarse en nuestras cosas, vivificar desde dentro hasta nuestras acciones más insignificantes.

Este pensamiento es una realidad clara, objetiva, sobrenatural. No es una consideración piadosa para consolar a quienes nunca veremos nuestro nombre inscrito en los anales de la historia. A Cristo le interesa el trabajo que hacemos —una vez o miles de veces— en la oficina, en la fábrica, en el comercio, en el aula, en el campo, en el ejercicio de cualquier ocupación manual o intelectual. Le interesan igualmente los sacrificios escondidos que hacemos para guardarnos nuestro mal humor o nuestro genio.

Te adoro, Señor, y te amo
Repasa en tu oración estos pensamientos. Aprovéchalos para decirle a Jesús que lo adoras. Y así tienes una fórmula para ser contemplativos en medio del mundo, entre el ruido de la calle, a todas horas y en todos los lugares. Esta es la primera lección que debemos aprender en la escuela de la intimidad con Cristo. Y en esta escuela, María es la mejor maestra, porque la Virgen mantuvo siempre esta actitud de fe, de visión sobrenatural, con independencia de lo que sucediera a su alrededor: «Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón».

Pidamos a la Santísima Virgen que nos haga contemplativos, que nos enseñe a reconocer las llamadas constantes de Dios a la puerta de nuestro corazón. Pidámosle ahora: Madre nuestra, tú trajiste a la tierra a Jesús, que revela el amor de nuestro Padre Dios. Ayúdanos a reconocerlo en medio de los afanes de cada día. Remueve nuestra mente y nuestra voluntad para que escuchemos la voz de Dios, las llamadas de la gracia.

175 Pero no pensemos solo en nosotros mismos. Ensancha tu corazón hasta que abarque a toda la humanidad. Ante todo, piensa en quienes tienes cerca – familiares, amigos, compañeros– y considera cómo puedes llevarlos a apreciar una amistad más profunda con nuestro Señor. Si son rectos y nobles, capaces de vivir habitualmente cerca de Dios, encomiéndalos específicamente a nuestra Señora. Y pide también por todas aquellas almas que no conoces, porque hemos emprendido juntos una única travesía.

Sé leal, generoso. Formamos parte de un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, la santa Iglesia, a la que están llamados quienes buscan la verdad plena. Por consiguiente, estamos estrictamente obligados a manifestar a los demás la calidad y la profundidad del amor de Cristo. **Un cristiano no puede ser egoísta.** Si lo fuera, traicionaría su vocación. Lejos de Cristo están quienes se conforman con mantener su alma en paz –y en una paz falsa– ignorando el bien de los demás.

Si hemos acogido el auténtico sentido de la vida humana, que la fe nos revela, no podemos quedarnos tranquilamente al margen. Si de manera práctica y concreta no estamos acercando a otros a Dios, no podemos estar en absoluto satisfechos con nuestra conducta.

*Señor, que
nunca me
avergüence
de hablar
de ti y de
acercar a
mis amigos
a ti.*

Hay un obstáculo real para el apostolado. Se presenta bajo la forma del respeto humano, el temor a tocar temas espirituales por miedo a que la conversación resulte incómoda para ciertas personas. Es una reluctancia a arriesgarse a herir susceptibilidades. Cuántas veces ese razonamiento es la máscara del egoísmo. No se trata de herir, sino de ayudar. Aunque podamos ser personalmente deficientes, **la gracia de Dios nos convierte en instrumentos útiles para ayudar a los demás.** A pesar de nuestras limitaciones, estamos llamados a compartir con otros la buena nueva de que «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad». ✱

¿Y qué derecho tengo yo a meterme en la vida de los demás? Porque lo necesitan. Sin pedirnos permiso, Cristo ha entrado en nuestras vidas.

Él hizo lo mismo con los primeros discípulos: «Caminando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que echaban las redes al mar, porque eran pescadores. Y Jesús les dijo: Seguidme, y os haré pescadores de hombres». Cada uno de nosotros conserva la libertad, la falsa libertad, de decir no a Dios, como el joven rico del que habla san Lucas. Pero en obediencia a las palabras de Cristo, «Id y enseñad», tenemos el derecho y el deber de hablar de Dios, de este gran tema humano, porque el deseo de Dios brota de lo más hondo del corazón del hombre.

*Perdóname,
Señor.*

Santa María, «Reina de los Apóstoles», reina de todos los que desean dar a conocer el amor de tu Hijo, tú comprendes tan bien nuestras miserias. Pide a Jesús perdón por nuestras vidas mezquinas —por lo que pudo haber sido fuego y ha sido ceniza, por las luces que se han apagado, por la sal que se ha vuelto sosa. Madre de Dios, eres omnipotente en tu intercesión. Obténnos, junto con el perdón, la fuerza para vivir verdaderamente una vida de fe y de amor, para que podamos compartir nuestra fe en Cristo con los demás.

176 El mejor remedio contra la pérdida del arrojo apostólico, que nace del hambre efectiva de servir a todos los hombres, no es otro que la plenitud de la fe, la esperanza y el amor. En una palabra: la santidad. No encuentro otra receta que la santidad personal.

Hoy, en unión con toda la Iglesia, celebramos el triunfo de la Madre, Hija y Esposa de Dios. Y así como nos alegramos por la resurrección de nuestro Señor tres días después de su muerte, ahora somos felices porque María, después de acompañar a Jesús desde Belén hasta la cruz, está junto a su Hijo en cuerpo y alma, gloriosa para siempre.

He aquí el misterio de la economía divina. Nuestra Señora, plena participe en la obra de nuestra salvación, sigue los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, el trabajo cotidiano de una vida oculta en Nazaret, la manifestación de su divinidad en Caná de Galilea, los tormentos de su pasión, el divino sacrificio en la cruz, la eterna bienaventuranza del paraíso.



Todo esto nos afecta directamente, porque este itinerario sobrenatural es el camino que debemos recorrer. María nos muestra que podemos andar este camino con confianza. Ella nos ha precedido en la imitación de Cristo, y su glorificación es la esperanza firme de nuestra propia salvación. Por esas razones la llamamos «esperanza nuestra, causa de nuestra alegría».

Nunca podemos perder la esperanza de llegar a ser santos, de acoger las invitaciones de Dios, de perseverar hasta el final. Dios, que ha comenzado en nosotros la obra de nuestra santificación, la llevará a término. Porque si el Señor «está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?»

En esta fiesta, todo apunta a la alegría. La esperanza firme de nuestra santificación personal es un don de Dios, pero el hombre no puede permanecer pasivo. Recuerda las palabras de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y sígame». ¿Lo ves? La cruz de cada día. Ningún día sin cruz; ni un solo día en que no debamos cargar con la cruz del Señor, en que no debamos aceptar su yugo. Que esta ocasión nos sirva para recordar de nuevo que la alegría de la resurrección es consecuencia del sufrimiento de la cruz.



Pero no temas. El mismo Señor nos ha dicho: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera». Y san Juan Crisóstomo comenta: «Ven, no para rendir cuentas, sino para ser liberado de tus pecados. Ven, porque yo no necesito la gloria que puedes darme: necesito tu salvación... No temas si me oyes hablar de un yugo, es suave; no temas si hablo de una carga, es ligera».

El camino hacia nuestra santificación personal debe llevarnos cada día a la cruz. Este camino no es doloroso, porque el propio Cristo viene en nuestra ayuda, y en su compañía no hay lugar para la tristeza. Me gusta repetir con el alma llena de alegría: no hay un solo día sin cruz — la Cruz. Perdóname, Señor.

¿Hago
pequeños
s
sacrificio
s por
amor de
Dios?

Cuando la
Cruz se hace
difícil de
llevar,
necesito
recordar
acudir a
Nuestro
Señor y a
Nuestra
Señora con
una breve
oración

177 Retomemos el tema que nos propone la Iglesia: María ha subido al cielo en cuerpo y alma, y los ángeles se regocijan. Puedo imaginar también la alegría de san José, su castísimo esposo, que la esperaba en el paraíso. Pero, ¿qué hay de nosotros, que permanecemos en la tierra? Nuestra fe nos dice que aquí abajo, en esta vida presente, somos peregrinos, caminantes. Nuestra suerte es de sacrificios, sufrimientos y privaciones. Sin embargo, la alegría ha de marcar el ritmo de nuestros pasos.



Claro que sí, pero «la alegría debe marcar el ritmo de mis pasos».

«Servid al Señor con alegría»: no hay otra manera de servirle. «Dios ama al que da con alegría», al hombre que se entrega del todo con sacrificio generoso, porque no hay absolutamente ningún motivo para desanimarse.

Quizá podríamos pensar que este optimismo es excesivo. ¿Acaso no conocemos bien nuestros defectos y fracasos? No somos ajenos al sufrimiento, al cansancio, a la ingratitud, incluso al odio. Si los cristianos estamos hechos de la misma pasta que los demás hombres, ¿cómo podemos sacudirnos el cortejo de miserias que acompaña constantemente a nuestra naturaleza humana?

Sería ingenuo ignorar el sufrimiento y el desaliento, la tristeza y la soledad que nos salen al paso sin tregua a lo largo de la vida. Pero nuestra fe nos ha enseñado con absoluta certeza a ver que el lado desagradable de la vida no se debe a un destino ciego, que el destino de la criatura no es librarse de sus anhelos de felicidad. La fe nos enseña que todo lo que nos rodea y todo lo que hay en nosotros está impregnado de un propósito divino, que todas las cosas son eco de la llamada que nos convoca a la casa de nuestro Padre.

Esta comprensión sobrenatural de la existencia terrena no simplifica en exceso la complejidad de la vida humana. Más bien nos asegura que esa complejidad puede estar atravesada por el amor de Dios, que más allá de la superficie desagradable puede descubrirse el vínculo fuerte e indestructible que une nuestra vida en la tierra con nuestra vida definitiva en el cielo.

Esto me recuerda el himno «El Cántico del Sol»:
«Los cielos proclaman la gloria de Dios, y toda la creación grita de alegría...»

La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora nos invita a reconocer el fundamento de esta alegre esperanza. Sí, seguimos siendo peregrinos, pero nuestra Madre se ha adelantado, señalándonos desde allí el premio a nuestros esfuerzos. Ella nos dice que podemos lograrlo. Y, si somos fieles, llegaremos a casa. La Santísima Virgen no es solo nuestro modelo, es el auxilio de los cristianos. Y mientras la asediamos con nuestras súplicas —«Muéstrate como nuestra Madre»—, ella no puede sino velar por sus hijos con solicitud maternal.

*Ayúdame
a ser fiel,
Madre
mía
Sencillita.*

- 178** Para un cristiano, la alegría es un tesoro. Solo ofendiendo a Dios la perdemos, porque el pecado es fruto del egoísmo, y el egoísmo es la raíz de la tristeza. Incluso entonces, un poco de alegría subsiste bajo los escombros de nuestra alma: la certeza de que ni Dios ni su Madre pueden olvidarnos jamás. Si nos arrepentimos, si un acto de dolor brota de nuestro corazón, si nos purificamos en el santo sacramento de la penitencia, Dios sale a nuestro encuentro y nos perdona. Entonces no puede haber tristeza alguna. Entonces hay pleno motivo «para alegrarse, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».

*Qué cierto
es: puedo
recordar
momentos
de tristeza
causados
por no ser
fiel a las
luchas
diarias en
las cosas
ordinarias.*

Estas palabras están tomadas del maravilloso final de la parábola del hijo pródigo, sobre el que nunca nos cansaremos de meditar. «He aquí que [el Padre] sale a tu encuentro. Se inclinará para saludarte. Te dará un beso como señal de amor y ternura. Ordenará a los sirvientes que te traigan ropa nueva, un anillo, sandalias para tus pies. Tú todavía temes el reproche y él te devuelve tu dignidad. Temes el castigo y él te da un beso. Temes una palabra dura y él te prepara un banquete.»

El amor de Dios es insondable. Si es tan generoso con quienes le han ofendido, ¿qué no hará para honrar a su inmaculada Madre, la Santísima Virgen, siempre fiel?

Si el amor de Dios puede lograr resultados tan grandes cuando la respuesta de nuestro corazón humano, tan frecuentemente traidor, es tan pequeña,
* ¿cuánto más logrará en el corazón de María, que jamás resistió en lo más mínimo la voluntad de Dios?

Observad cómo la liturgia de la fiesta de hoy pone de manifiesto la imposibilidad de comprender la misericordia divina con la sola razón humana. Más que explicar, la liturgia canta. Despierta la imaginación, para que cada uno de nosotros pueda añadir entusiasmo a la alabanza. Y, aun así, cuando todo está dicho y hecho, nos quedaremos cortos. «Apareció en el cielo una señal grandiosa: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza». «El rey se ha prendado de tu belleza. ¡Qué resplandeciente es la hija del rey, con su manto tejido de oro!»

La liturgia llega a su fin con unas palabras de María, en las que la mayor humildad se une a la mayor gloria: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas en mí».

Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum: Dulcísimo Corazón de María, prepáranos un camino seguro. Guía nuestros pasos en la tierra con firmeza y seguridad. Sé para nosotros el camino que hemos de seguir, pues tú, en tu amor, conoces la senda, un atajo seguro, hacia el amor de Jesucristo.

En resumen:

- ① Dios es omnipotente y amor infinito, por eso le dio a su Madre toda gracia posible, incluida la Asunción.
- ② Nuestra Señora se convirtió en la criatura más santa que jamás haya existido, y quiere ayudarnos a recorrer ese mismo camino.
- ③ La alegría es un tesoro, y el pecado es lo único que nos la arrebató. María es prueba de cuán real es esa alegría, y es nuestra Madre. Por eso ella es la causa de nuestra alegría.

¿De qué pequeña manera puedo imitar el «sí» de María hoy?

Regina Gaudium (Reina de la Alegría), ruega por nosotros.

*«La Santísima Virgen, Causa de Nuestra Alegría», de Cristo que pasa,
de san Josemaría
con anotaciones de Sophie Obomighe*